

Filosofando

Anhelo de inmortalidad Fil. Luis Armando Aguilar Sahagún

“Desde Platón hasta Gabriel Marcel los filósofos que se niegan a reducir el espíritu a la naturaleza han buscado en el amor cierto anhelo de inmortalidad” (E. Borne). ¿Se trata de una búsqueda razonable? ¿O resulta más razonable aceptar la vida en su finitud como lo último y único que tenemos? Por más que los filósofos han intentado comprobar la inmortalidad, ninguna prueba resulta contundente. Lo que tenemos son atisbos, “cifras” casi todas oscuras. No es a base de razonamientos, sino, como afirma Karl Jaspers, “amando es como percibo la inmortalidad de aquellos que están ligados a mí por el amor.”

La convicción de la inmortalidad, tanto la mía como la de mis seres queridos, no depende de un saber, sino de mí mismo. No existe inmortalidad en el sentido de una ley natural, como el nacimiento y la muerte. No es algo evidente. La conquisto en la medida en que amo o busco el bien. Me deslizo en la nada en la medida en que vivo sin amor y, por tanto, sin brújula.

In-mortalidad resulta ser un término inadecuado, porque el ser humano no se identifica con su sola existencia histórica y terrena. En el hombre hay un plus respecto a lo que puede ser medido en las coordenadas espacio-temporales, y ese plus se falsifica esencialmente cuando se interpreta sobre todo como continuidad en el espacio y en el tiempo. Eso hace que el discurso sobre la inmortalidad sea difícil e inadecuado.

Para expresarlo se hace necesario recurrir a un tipo de lenguaje que haga posible una “revelación” de lo que queremos decir cuando hablamos de inmortalidad. Las expresiones “inmortalidad” y “vida sin final” no indican propiedades inherentes a una cosa –el alma separada-; tampoco se refieren a una forma de existencia comparable a la actual, con la única diferencia de que nunca acaba. Este tipo de expresiones hablan más bien de una situación que ahora reconocemos como característica porque somos “más” que una realidad espacial y temporal. Ese “más” lo vivimos en momentos privilegiados dentro de la vida cotidiana.

Si bien no me identifico totalmente con mi cuerpo (no soy mi cuerpo, sin más), tampoco existo sin mi cuerpo, porque no existo sin mi expresión y mi orientación fundamental, positiva o negativa, hacia los demás.

El problema de la inmortalidad no es un problema del “después”, sino de la dimensión meta-histórica y trascendente que se manifiesta ya en el hombre en cuanto ser capaz de verdad, libertad y comunión. De ahí que sean más fecundas categorías relativas a la posibilidad absoluta de realizar el sentido de la existencia humana manteniendo la continuidad de la identidad personal y abandonar las de tipo espacio temporal.

Lo que está en juego es el significado fundamental de la existencia humana, entendida como la posibilidad de lograr una libertad definitiva, un amor perfecto, una comunión total. La existencia humana tiene un carácter de “don”. En esto estriba su carácter de misterio metafísico que se manifiesta en las distintas dimensiones de la existencia.

¿Quién puede garantizar que el “don” de la existencia humana es permanente –eterno, sin final-? ¿Quién o qué puede garantizar que las promesas inherentes a la existencia humana – realización perfecta de la persona, comunidad perfecta, comunión y amor perfectos –sean en realidad posibles o deban realizarse?

El análisis del vínculo alma-cuerpo no ofrece una solución satisfactoria a estos problemas. Encontramos la única solución en lo que llamamos el misterio metafísico del hombre: existir es un don (Gevaert). El don de la existencia, para ser conservado, pide de otro que me lo da para que yo lo cuide y, eventualmente, lo entregue a su vez, como don para otros.

Al examinar la vida de cada cual, se constata que, por una parte, para la persona la significación de “la vida” es algo mucho más amplio que lo que constituye la vida para los animales. El ser humano siempre puede cuestionarse sobre aquello que le da centro y sentido a su vida. Lo que llamamos vida es algo que compartimos con los animales. En este sentido “mi vida” está subordinada a un cierto fin de carácter biológico. Sin embargo, el ciclo vital no resuelve la pregunta por el sentido de la vida, que no tiene un carácter puramente optativo, sino que se funda, según Marcel, en el ser.

La posibilidad de acceder a él depende de nosotros. Ese acceso no es por vía de “intensificación” sino de interiorización, de excavación y trabajo, tanto interior como de relación con los demás. Para el ser humano vivir es aceptar la vida, decirle “sí”, o bien, rechazarla, y vivir en permanente estado de guerra interior, protestando contra ella. El sí o el no se dicen de distinta manera y con grado de intensidad según la profundidad de nuestro ser en la que afirmamos o rechazamos lo que vivimos. En un momento podemos decir sí a una determinada vivencia y, al mismo tiempo, sentir un rechazo desde lo más profundo de nosotros mismos.

De ahí que la cuestión fundamental de la existencia consiste en cómo reanudar el vínculo entre la vida y el amor. Mi vida no la encuentro ni en mi pasado ni en mi presente instantáneo. Hablar de mi vida es otra manera de verla en una perspectiva global. Mi vida se vislumbra en los actos que ejecuto y las decisiones que tomo, al consagrarla a algo: una causa, una tarea, una persona. Esto supone una actitud amorosa.

Cuando falta el amor a la vida, el hombre busca distracción. Las distracciones dividen al hombre. Cuando el hombre se abandona a sus impulsos, se ve empujado en dirección de la desesperanza, el sinsentido y la muerte. En esa actitud no es posible valorar la vida como un todo porque no descubrimos su más profundo arraigo. De ahí que todo aparezca en términos de experiencias menos o más valiosas por su capacidad de generar gozo o sensación de intensidad. La única manera de escapar de la “diversión”, consiste en que el hombre logre escuchar su propia exigencia interior, que en realidad es un llamado interno trascendente *supra-personal* que se deja escuchar en el interior de cada persona al advertir la realidad de los otros, en su carácter verdaderamente personal. Cuando esto ocurre, descubrimos que lo más profundo de nuestro ser es que somos con ellos y desde ellos, mucho antes de que lo advirtamos. Es así como nos adentramos en el Ser, en el ser de cada persona, que es ser-con; y por eso, arraigado en él ser.

El clima y señal de este arraigo ocurre en el amor. El amor es la única respuesta al misterio de la vida, por ser lo único que verdaderamente tiene consistencia. Es el amor, no el instante ni el gozo, lo que pide permanecer. Por eso, ante el hecho de la muerte de un ser

querido, nos vemos movidos a postular la inmortalidad. “Tú no morirás”. Se trata de eso, de un postulado, pero su arraigo es una experiencia en la que se atisba que el deseo posee una fuerza que busca la permanencia de quienes hemos amado.

Ni en nosotros ni en nuestra constitución está la respuesta segura a la pregunta por el permanecer de ese don junto con los bienes que trae consigo, y que vamos viviendo. Para una metafísica cristiana, esa seguridad sólo es posible encontrarla en quien nos da la existencia, de quien recibimos el ser a cada instante y con ella la capacidad de amar. De él es de quien esperamos el don de la vida eterna, como podemos esperar que nos abra en nosotros la capacidad de amar.

En el amor concreto es donde se manifiesta más fuertemente el misterio de la existencia como don. Todo amor es un acto de libertad, fruto de la opción y del compromiso.

La exigencia de inmortalidad en el amor es la exigencia de que el don permanente y abundante de la existencia perdure en la realización de sus posibilidades. Si Dios quiere a toda persona individual como persona, no la quiere como función o como eslabón de una cadena en el desarrollo de la totalidad del cosmos, sino que la quiere por sí misma y para siempre. Cuando Dios da la vida la da de una vez y para siempre.

Sólo el amor creador de Dios puede garantizar la eternidad del don de la vida. El hombre es persona porque Dios lo ha querido desde siempre, para ser su interlocutor. La fuerza creadora de Dios trasciende absolutamente todas las causalidades naturales e históricas. Por eso no es afectada por la muerte. El fundamento de mi ser personal es la garantía de mi vida como don y la garantía de las promesas que encierra.

En este sentido el problema de la inmortalidad personal se relaciona con el problema del hombre ante Dios. La espiritualidad del hombre, comprendida dinámicamente como dimensión interpersonal, orientada al futuro de una comunidad perfecta de personas y de una libertad plena, lleva al problema central de Dios. El hombre es un interrogante ante Dios.

Al vivir el amor, el hombre puede percibir en concreto si es auténtico, si él encierra una dimensión absoluta e incondicionada. El amor confirma al otro por lo que es. En esa confirmación se manifiesta la capacidad humana de trascender el propio yo, su trascendencia metafísica y espiritual. Ella es ya una señal de su origen trascendente y de una exigencia inscrita en su ser.